

Pozole

<Muy bien>, dijo seis horas después, <vamos a darle la palabra a la amiga Mireya para el informe financiero>. De pronto se me murió, frente a mí, entre las manos, mi pozole. Disculpe, señorita, le dije a la mesera del Toks. Mi pozole está muerto. Se aburrió tanto, se ha puesto frío. <Se lo caliento>, me aseguró. Haga lo que se pueda. Y una vez puesto en sus manos se lo llevó tieso con todas sus tostadas y pálido con cara de maíz blanco. Ni la camilla de lechuga, las pastillas de menta o los ventiladores del techo lograron salvar su situación. Me quedó un gran hueco en el estómago. No sé si miré bien, pero, mientras se retiraba, creo que la mesera lloraba en sus trocitos destazados de cebolla. Nadie del Consejo lo notó. <Sí... miren, pues... se han gastado doce mil pesos del fondo en uniformes>, inició Mireya, <por el cambio... miren, pues... de mística de grupo de *stormtrooper* y cien pesos en prototipo de pañoleta con colores de *Star Wars*...>. <¡Cien pesos!>, gritó Akela, <¡cien pesos! Nadie acordó gastar cien pesos>.

El pozole desapareció, tendido en una charola, detrás de una puerta de metal, donde pudieran hacer algo por él. Llena de esperanza y el estómago vacío, lo imaginaba sobre la cara helada de una hornilla, rodeado de luces blancas, gente con cubrebocas, despertando solito, sin saber que alguien lo espera a la salida. En esa sala de gente en espera se hablaba de todo lo que nos aguardaba todavía, lo bonito que tenían para nosotros la vida y el futuro: un clan jedi, equipos con nombres de Obi-Wan y Jar Jar Binks, patrullas hutts e ewoks y... bueno... lobatos en la selva. En mientras, entraban y salían personas de la cocina, clientes del baño, café de las tazas y el pozole no volvía. Miré el reloj de la pared redondo como un plato, lineal como la vida, puntual como la muerte. ¿Qué sucedía detrás de la puerta? ¿Qué ocurría en la cocina? ¿Y por qué afuera, en Consejo, como que no pasaba nada?

De pronto salió la mesera con el pozole caliente... el rábano aguado, los gajos de limón más amarillos, pero si algo salió con más arrugas fue el aire sobre el plato con algún de aliento de vida. <Disculpa, Mireya>, dijo el jefe de grupo. <A nuestra representante juvenil ya le llegó su segundo pozole y no hemos hecho la oración de la comida>. Es el mismo, respondí. Hicimos entonces oración. Si la historia hubiera

sido otra, igual me hubiera dado tiempo de rezar nueve rosarios. Aunque en verdad quería irse, me regresó el alma al cuerpo. En algún momento terminamos el Consejo.

3 de agosto